

*Sitio y conquista de Psófide por Filipo.—Conquistas de varias plazas de Élide.  
—Negligencia de este pueblo en recobrar sus antiguas inmunidades.—Toma del  
castillo de Talamas.*

En cuanto a Filipo, veía y meditaba todos estos obstáculos. Unas veces la consideración le retraía de atacar y poner sitio a la ciudad, otras le empeñaba a la vista de la oportunidad del lugar. Porque cuanto más inminente era el riesgo que amenazaba a los aqueos y arcadios de poseer Élide esta segura defensa, tanto mayor sería la ventaja, una vez conquistada, que conseguirían los mismos en poseer este oportuno asilo contra los eleos. Finalmente decidió adoptar el partido de sitiarla (año -219). Para ello ordenó a los macedonios estar desayunados y dispuestos al romper el día. Después, atravesando el Erimanto por un puente sin que hallase oposición su temerario arrojo, se aproximó hasta la misma ciudad con un espíritu terrible. La gente que mandaba Eurípidas y todos los de la ciudad quedaron absortos. Se hallaban persuadidos de que ni los enemigos osarían atacar y forzar una plaza tan fuerte, ni lo riguroso de la estación les permitiría entablar un asedio permanente. Al paso que se hacían estas reflexiones, desconfiaban unos de otros y recelaban que Filipo no tuviese inteligencia con algunos de los de dentro. Pero finalmente, desvanecidas sus sospechas, acudió la mayor parte a la defensa de los muros. Los eleos que se hallaban a sueldo realizaron una salida por la puerta situada en la parte superior de la ciudad para sorprender al enemigo. Pero el rey, que había ordenado aplicar las escalas al muro por tres sitios y tenía distribuidos sus macedonios en otros tantos trozos, dio la señal a cada uno por los trompetas, y al punto se asaltó la plaza por todos lados. Al principio los habitantes se defendieron con valor y arrojaron a muchos de las escalas; pero acabada la provisión de dardos y demás municiones, ya que precipitadamente se habían hecho para esta urgencia, y viendo que, lejos de aterrarse los macedonios, al instante ocupaba el de atrás el lugar del que era arrojado por la escalera, finalmente retrocedieron los cercados y se refugiaron todos en la ciudadela. Los macedonios subieron el muro, y los mercenarios que habían hecho la salida por la puerta superior, rechazados por los cretenses, fueron forzados a arrojar las armas y emprender una huida precipitada. Los cretenses siguieron el alcance, y picándoles la retaguardia entraron en tropel por la puerta, de suerte que la ciudad fue tomada a un tiempo por todos lados. Los psofidienses con sus hijos y mujeres, y Eurípidas con los demás que conservaron sus vidas, se acogieron en la ciudadela.

Luego que entraron los macedonios, saquearon todo el ajuar de las casas, ocuparon sus habitaciones y se hicieron dueños de la ciudad. Los que se habían refugiado en la ciudadela, pronosticando mal su suerte a la vista de hallarse sin provisiones, resolvieron entregarse. Para esto despacharon un trompeta, y lograda del rey licencia para la embajada, diputaron a los magistrados y a Eurípidas. Efectivamente, se concertó un tratado por el que se concedió inmunidad a todos los que se habían refugiado, tanto extranjeros como ciudadanos. Los diputados tornaron a la ciudadela con orden de no salir hasta que el ejército hu-

biese evacuado la plaza, para evitar que la inobediencia del soldado cometiese algún exceso. El rey se vio precisado a permanecer allí algunos días por las nieves que cayeron. Durante su estancia congregó a los aqueos que se hallaban en el ejército, les puso a la vista primero la fortaleza y oportunidad de la ciudad para la guerra presente, les manifestó el afecto y buena voluntad que profesaba a su nación, y por último agregó que por ahora les cedía y entregaba la plaza, porque se había propuesto hacerles bien en lo posible y no dejar pasar ocasión de mostrarles su cariño. Arato y los demás le dieron las gracias, y se disolvió la reunión. El rey hizo levantar el campo a sus tropas y marchó a Lasión. Entonces los psodios bajaron de la ciudadela, recobraron la ciudad y cada uno sus casas. Eurípidas marchó a Corinto y desde allí a Etolia. Los jefes aqueos que se hallaban presentes dieron el gobierno de la ciudadela a Prolao el Sicionio, con la competente guarnición, y el de la ciudad a Pitias el Pelenense. De esta forma fue tomada Psófide.

No bien se tuvo noticia de la venida de los macedonios, cuando los eleos que guarnecían Lasión, informados de lo que había ocurrido a Psófide, desampararon la ciudad. El rey llegó con diligencia, la tomó sin obstáculo y por un exceso de inclinación hacia los aqueos la entregó también a su República. Estrato fue restituida a los telfusios por haberla abandonado asimismo los eleos. Finalizada esta expedición, llegó al quinto día a Olimpia, donde hizo sacrificios a los dioses y dio un convite a los oficiales. Ahí dejó descansar la tropa durante tres días, transcurridos los cuales levantó el campo, marchó a Elea y permitió al soldado la tala de la campiña. Él, mientras, sentó su campo en torno a Artemisio y, acumulado allí el botín, regresó a Dioscurio. Muchos fueron los prisioneros que se hicieron en la tala del país, pero fueron más aún los que se refugiaron en los pueblos próximos y lugares fortificados. El país de los eleos es sin duda el más bien poblado, abundante de siervos y alimentos de todo el Peloponeso. Se encuentran familias tan amantes de la vida del campo, que aunque con bastantes conveniencias después de dos y tres generaciones no han pasado jamás a la capital. Esto proviene del gran cuidado y vigilancia que tienen los magistrados para que al labrador se haga justicia en cualquier parte y no le falte nada de lo necesario para la vida.

A mi modo de entender, se tomaron en lo antiguo estas providencias y establecieron estas leyes, ya por la extensión del país, ya principalmente por la vida santa que tenían en otro tiempo, cuando Grecia toda convino en que Élide, por celebrarse en ella los juegos olímpicos, se tuviese por provincia sagrada y exenta de toda tala, y sus moradores por libres de todos los males y calamidades de la guerra. Pero después que los arcadios les quitaron el país de Lasión y de Pisa, los eleos, obligados a defender sus campos y a cambiar de método de vida, ya no han cuidado de recobrar de Grecia sus antiguas y patrias inmunidades, sino que han permanecido en el mismo estado, conducta a mi ver poco acertada para el futuro. Y, en verdad, si todos rogamos a los dioses nos concedan la paz, si sufrimos cualquier vejación con el anhelo de alcanzarla, si éste es el único bien que los hombres reputan por tal sin discusión, ¿no serán los eleos sin contradicción unos necios, que pudiendo obtener de Grecia con justicia y decoro una paz estable para siempre la desprecian y posponen a otros bienes? Acaso me dirá alguno que por esta conducta de vida se exponen a que cualquiera les insulte y les falte a los pactos. Pero esto ocurrirá rara vez, y caso que ocurra tendrán a toda Grecia

por auxiliadora. Por lo que hace a las injurias particulares, siendo ricos, como es normal lo sean, gozando de una paz constante no les faltarán guarniciones extranjeras y mercenarias que los defiendan cuando la ocasión y el tiempo lo requieran, en vez de que ahora, por temor a un caso raro y extraordinario, tengan expuesto su país y haciendas a continuas guerras y talas. Hemos hecho estas advertencias para excitar a los eleos a recobrar sus inmunidades, puesto que jamás se ha presentado ocasión más oportuna que la que ofrece el actual estado. Lo cierto es que en este país, como hemos mencionado anteriormente, se conservan aún vestigios de sus antiguas costumbres, y los pueblos aman en extremo la campiña.

He aquí por qué cuando Filipo llegó fue infinito el número de prisioneros que hizo, pero mucho mayor aún el que se refugió en las fortalezas. La mayor parte de efectos y el mayor número de siervos y ganados se retiraron a un castillo llamado Talamas, ya porque las vías del país circunvecino eran estrechas y difíciles, ya porque el lugar es de poco tráfico e intransitable. El rey conoció el número de gentes que se habían refugiado en este lugar y, resuelto a no dejar cosa por intentar ni imperfecta, ocupó anticipadamente con los extranjeros los puestos ventajosos que dominan las entradas. Después, dejando el real bagaje y la mayor parte del ejército, tomó los rodeleros y armados a la ligera, cruzó los desfiladeros y llegó al castillo sin hallar impedimento. Los refugiados, gente del todo inexperta en el arte militar, desprovista de municiones y compuesta en parte de la hez del pueblo, temieron la invasión y se rindieron al momento. Entre ellos había doscientos extranjeros, gente allegadiza que había traído consigo Anfidamo, pretor de los eleos. Dueño Filipo de inmensas alhajas, de más de cinco mil esclavos y de infinidad de ganado cuadrúpedo, regresó a su campamento; pero viendo que las tropas estaban excesivamente cargadas de despojos de todo género, y por consiguiente imposibilitadas de maniobrar, tuvo que retirarse y trasladar el campo otra vez a Olimpia.